

"Un mecenas del siglo XV", en El San Lunes, Santiago, lunes 15 de junio de 1885, año I, n. 6.

Los tres jóvenes hicieron que Benito lo confesase todo i le enviaron en seguida al cuartel de San Isidro.

¿Verdad que lo que dejó narrado parece cuento? I, sin embargo, es la pura verdad. ¡Tan cierto es que, a las veces, nada suele ser tan inverosímil como la verdad!

RÓMULO MANDIOLA.

EPIGRAMAS

Por Juan R. Allende.

URBANIDAD.

Un futre mui calavera,
De colero i guante en mano,
Topóse con un anciano
I no le cedió la acera.

A poco tambien topó
Con un perro grande i bravo,
I por no pisarle el rabo
De la acera se bajó.

Yo, que presencié este yerro,
Dije: «A qué extremos se llega:
La acera a un viejo se niega
I no se le niega a un perro!»

UN OBRERO.

Preguntó con altivez
Un juez a cierto pillito:
—¿Cuál es tu oficio? I tranquilo
Dijo:—Obrero, señor juez.

—No vengas con truhanerías!
I replicó el majadero:
—Yo digo que soi obrero
Porque obro todos los días.

UN EDITOR I UN CRONISTA.

A un cronista un editor
Dijo:—Vaya usted al momento
Sobre este acontecimiento
A tomar lenguas, señor.—
Como no era mui castizo
El cronista, contestó:
—¿Ir a tomar lenguas yo?
Si ya las tomé, i de erizo!...

LOS MANDAMIENTOS.

A confesarse llegó
Un receptor ciento día.
Por ver si el rezo sabía,
El cura le preguntó:

—Como el asunto es mui grave
I el cargo yo me lo llevo,
A interrogarle me atrevo
Si los mandamientos sabe.—

Laqué! dijo en su descargo:
—¿No sabré los mandamientos
Cuando yo firmo por cientos
Los de ejemplar i embargo?

UN MECENAS DEL SIGLO XV.

I

Al terminar su carta, dirigida a Camilo Paleoto, tuvo Bembo la ocurrencia de escribir:—«El 19 de Mayo, último día del cuadragesimo sexto de mi vida, en 1515.»—No necesitamos recorrer uno a uno los curatos de Venecia, hojeando los empolvados libros en que los curas asentaban la fé de bautismo de los niños que nacian en ese paraíso encantado, de eternos festines i de perpétuo carnaval, en los que la vida se desliza sin sentir; no necesitamos, gracias a la prevision del cardenal, hacer tan largo viaje, para saber con precision el día en que nació el amigo de Miguel Anjel, de Rafael, de Benvenuto Cellini, de Varchi de Tomarozzo, de Alberto del Bene, de Anselmi i de to-

da esa pléyade inmensa de artistas que ilustraron esa Italia inmortal, donde el arte renació como renace el fénix de sus propias cenizas.

Puesto que conocemos el lugar i fecha del nacimiento de Bembo, tratemos de describir su fisonomía.

En una carta fechada en Roma el 9 de Setiembre de 1536, que el artista espadachin envía a Varchi, a la sazón en Florencia, le dice entre otras cosas:—«Me anunciáis, querido señor, que nuestro maestro Pietro Bembo se está dejando crecer la barba; ¡tanto mejor! Mas artística quedará la medalla! Suplicadle que no vaya a razar-se hasta de aquí a un par de meses, época en que podré ir a Florencia para dicho trabajo.»

La medalla graba por Benvenuto, no tiene fecha: pero es de suponer que fué terminada allí por el mes de Diciembre de 1536, precisamente cuando el cardenal contaba 67 años.

La cabeza del cardenal está de perfil. A pesar de la edad, tiene todavía una abundante cabellera. La frente es espaciosa, la nariz un tanto aguileña, labios finos i barba poblada. Las mejillas son robustas, carnosas; los ojos algo pequeños, pero de una mirada penetrante; las cejas son tan largas, que casi cubren los párpados, como se vé en la medalla de René Levasseur, modelada por David d'Angers. En resumen, la fisonomía de Bembo es simpática e inteligente, i en ella se nota sin dificultad el temperamento artístico de la eminencia que desertaba de los suntuosos salones del Vaticano para vivir en los estrechos i pobres talleres de los artistas.

¿Por qué estraña coincidencia Pietro Bembo se hizo discípulo de Jesus, en vez de hacerse discípulo de Fidias o de Apoles? Nunca hemos podido saberlo.

En una carta faribunda, verdadera filípica, escrita desde Padua el 11 de Enero de 1525 al grabador Valerio Belli, establecido en Venecia, le dice, a propósito de una medalla que le manda pagar:—«Para haceros ver que no soi fraile, como se lo habeis dicho a mi hermano, i que aun cuando lo fuera, no por eso me quedaria sin pagáros vuestro trabajo, cosa que mi delicadeza i conciencia no me lo permitirian jamás... etc. etc.» No tenía, pues, mucha vocacion por el estado eclesiástico a los 55 años de edad.

En 1543, es decir, a los 74 años, escribe otra carta mas larga que ésta a la viuda de Cosme de Médicis, duquesa Leonor, haciéndole saber que habia pasado todo el verano en Padua i Venecia, con el objeto de buscar marido para su hija natural, Elena, fruto de ilícitos amores con una tal Morosini, ántes que Leon X, al subir al pontificado, lo nombrara su secretario, con la renta de 3,000 escudos i demas beneficios eclesiásticos, como lo afirma el erudito editor de la *Vida de Cellini*, impresa en Milán el año 25 del presente siglo, i agrega la eminencia que al fin encontró un *gentil-hombre bien educado, espiritual, de mucha instruccion*, en una palabra, como mandado hacer a las monjas. Esta misma carta contiene un párrafo en el que nos hace saber que fué electo cardenal por Pablo III en 1539 i obispo de Gubio, dos años despues.

Como se vé, la fortuna sonreía sin cesar a Bembo. Rico como un Crespo, dotado de gran inteligencia, su casa era un suntuoso palacio, en el cual habia, a mas de una rica biblioteca i un museo de obras de arte, el mas completo jardin botánico de su tiempo. Empero, si la fortuna cubria con sus alas al cardenal, no por eso éste se encontraba feliz en medio de la opulencia i honores que disfrutaba en el Vaticano. Así es el hombre: por mas feliz que sea, siempre tiene un vacío, una espina en el corazon que se interpone a su dicha completa. Léase si no la carta siguiente:

«A. M. Flaminio Tomarozzo, en Padua.—Roma, 23 de Agosto de 1542.—No puedo contener el deseo de volver a ver mis medallas i demas antigüedades que dejé en mi gabinete. Traédme-las cuando volváis a Roma, no todas, pero sí las que paso a indicaros: las de oro, plata i bronce. El Júpiter, el Mercurio i la Diana, con los demas objetos de arte que creais necesario. En mi armario, estilo español, encontrareis otras medallas de oro, como tambien en los cajones de la cómo-

da. Ponedlas todas en un cofrecito de cuero forrado en terciopelo i con mucho cuidado para que no se estropeen..... Traédme tambien los anillos, piedras grabadas, camafeos i demas estatuas que están en el gabinete contiguo. Quiero verlas nuevamente, quiero darme esa grata satisfaccion contemplándolas con mis amigos íntimos mas versados en materia de arte.—Hace ya dos horas que me anunciaron la muerte del cardenal Contarino; la corte está mui aflijida. Parece que Dios quiere castigar a la Santa Sede con tales desgracias, pues en el cardenal pierde la Iglesia su columna mas sólida.—La tranquilidad huye de mí; tengo el corazon oprimido..... Conservad vuestra salud i no olvideis mi encargo.—PIETRO BEMBO.

La muerte de un cardenal ha sido siempre motivo de jeneral alarma en el Vaticano, particularmente para los aspirantes a calzarse el *capello* i vestirse la púrpura cardenalicia; pero nuestro Bembo, en el momento mismo en que la noticia de la muerte de Contarino se esparcía en Roma, tomaba tranquilamente la pluma i escribía una larga carta, de la que solo hemos dado un breve extracto, pidiendo que le llevaran sus queridas medallas, camafeos, estatuitas i cuanto objeto de arte habia reunido a costa de su cuantiosa fortuna i desvelos incesantes, ya buscándolas en las escavaciones o ya en los talleres de sus queridos amigos.

II.

A mediados de 1505, en una taberna alumbrada por tres o cuatro moribundos candiles, veíanse grupos de hombres i mujeres del bajo pueblo veneciano, bebiendo, charlando i comiendo. En una de las banas del rincón estaba sentado, el codo izquierdo apoyado sobre grasienta mesa i la mano sobre la frente, un individuo de regular estatura, pero de fuerte complexion. La mano derecha, aunque puesta sobre un gran vaso de licor, escondía entre sus dedos un lápiz. Este individuo no bebía. Miraba con avidez hasta el menor jesto que hacían los demás. De tiempo en tiempo trazaba algunas líneas o escribía algunas frases. ¿Quién era este raro i misterioso personaje? ¿Pertenece a la policía secreta? ¿Era un borracho como los demás? ¿Todo ménos eso! sus labios no probaban el licor por mas que alzaba el vaso. No contestaba las indirectas groseras que le dirjian los beodos de la taberna. De improviso, el especie de espía pone grande atencion al siguiente diálogo, que oía perfectamente por estar los interlocutores en la mesa vecina:

—¿Entonces no quieres darme la mano de tu hija porque soi pobre?

—No, no quiero; soi rico.

—Sin embargo, yo te salvé la vida en Lepanto, Gianettini.

—Tú eres pobre.

—Pero soi robusto, soi jóven, tengo valor i grandes aspiraciones, que realizaré tarde o temprano. Lorenzo de Médicis era un pobre comercantillo. Francisco Sforza fué boyero.

—Dos mil ducados, o mi hija no será tu mujer.

El pobre jóven, al oír tan categórica como brutal respuesta, inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho: amaba a María. El viejo alzó el vaso i bebió un trago; el jóven quiso hacer lo mismo; pero al acercarlo a sus labios exhaló un suspiro, i dos lágrimas importunas asomaron a sus pupilas; por un esfuerzo de voluntad las hizo retroceder hasta el fondo del corazon, de donde salian a traicioner el temple de esa alma varonil. El jóven se disponía a partir cuando el incógnito personaje hizo resonar en la taberna su voz algo nasal, pero firme, diciendo:

—Gondolero, María será tu mujer.

En seguida puso sobre la mesa los papeles que minutos ántes ocultaba cuidadosamente, i dibujó, en unos cuantos segundos, una mano con admirable maestría.

—Lleva ese dibujo al palacio de San Márco, pregunta por Pietro Bembo, i dile que un artista desconocido necesita dos mil ducados. Son para tí.

El muchacho tomó el dibujo, i aunque no comprendió el mérito de la obra, dominado por la palabra e imponente serenidad del artista, en alas del amor i de la esperanza, voló a casa del cardenal.

Bembo, al reconocer la obra maestra del Buonarroti, al tener en sus manos ese dibujo tan diestramente trazado sobre el papel; al examinar i admirar entusiasmado, uno a uno, hasta las mas pequeños detalles de esa mano divina, hubiera dado la mitad de su cuantiosa fortuna por poseerla, para enriquecer el museo artístico de su palacio; pero al saber que el artista solo pedía dos mil escudos, dió en el acto cuatro mil al portador.

Este se negó a aceptar el excedente, diciendo:

—Eminencia, el autor de ese dibujo me ordenó pedirlos dos mil escudos solamente, agregándome:

—Guárdalos para que dotes a tu novia.»

—¿I te conoce el autor?

—No, Eminencia.

—¿I tú lo conoces?

—Tan poco.

—Honrado jóven, agregó el cardenal; el autor de este hermoso dibujo es MIGUEL ANJEL! Con su mirada perpicaz reconoció tu grande alma i te regaló dos mil escudos: yo te regalo el resto: acéptalo i continúa siendo honrado, si quereis ser feliz.

—Gracias, Eminencia, respondió el jóven, i haciendo un profundo saludo, se alejó del palacio.

III

Momentos despues volvía lleno de gozo i reconocimiento a besar la mano del artista que con su dibujo majistral unía dos corazones que se amaban tiernamente; pero a los cuales separaba el abismo insondable de la pobreza. El desconocido se habia marchado.

Lleno de emociion el futuro jeneral de la República de Venecia, tan conocido en la historia bajo el nombre de Antonio Barbarigo, de pié sobre una meca, para ser mejor visto i oído de todos, exclamó con voz sonora.

—De pié todo el mundo. El hombre que estaba, hace pocos momentos, sentado en eserincon, ¿sabéis quien era? ¡Ah! señores, era MIGUEL ANJEL!

Todos a la vez exclamaron regocijados:

—¡El divino Miguel Anjel Buonarroti! ¡Viva Miguel Anjel! Sigámosle, no ha de ir lejos.

—Ahí vá, dijo uno asomándose a la puerta de la taberna. Vamos a hacerle una ovacion.

Pero el tabernero se puso en el umbral de la pocilga, i con voz solemne exclamó:

—Dejad al jéno continuar su marcha solitaria por la senda que ilumina su pasaje. Vosotros empozoñaríais con vuestra alcohólica respiracion, la purísima atmósfera que lo circunda. El ha venido a estudiar vuestros repugnantes tipos, para reproducirlos en sus inmortales creaciones, en ese Juicio Final de la capilla Sixtina, donde bien pronto os reconocereis. En mi taberna trabajó con el lápiz; por el camino vá trabajando con su fecundo cerebro; no le interrumpais. Dejad que tranquilo realice esas sublimes concepciones que immortalizarán su nombre, i honrarán nuestra querida Italia i a la humanidad entera.

El tabernero habia sido pintor en su juventud; pero desesperando de llegar a la perfeccion, quebró un dia su paleta i se dedicó al comercio de licores, por ser mas fácil i lucrativo que las bellas artes.....

En seguida votó el licor del vaso que sirviera al gran artista, i como una reliquia lo guardó hasta su muerte, ordenando en su testamento que el agua bendita con que rociarán su cadáver, para ahuyentar al demonio, fuera depositada en tan sagrado vaso. Los deseos del buen hombre fueron cumplidos a la letra por sus hijos.

JOSÉ MIGUEL BLANCO.

Santiago, Junio 14 de 1885.

MUERTA EN VIDA.

CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIREY PRÍNCIPE DE SANTO BONO.

I.

Laura Martinez era bella como un sueño de amor en la primavera de la vida. Tenía por padre a un oidor de la Real Audiencia de Lima, viejo mas seco que un arenal, hinchado de prosopopeya

i que nunca volvió atrás de lo que una vez pensaba. Pertenecía a la secta de los infalibles que, de paso sea dicho, son los mas propensos a engañarse.

Con padre tal, Laura no podía ser dichosa. La pobre niña amaba locamente a un jóven médico español llamado don Enrique de Padilla, el cual, desesperado de no alcanzar el consentimiento del oidor para su enlace, habia puesto mar de por medio i pasado a Chile. La resistencia del golilla, hombre de voluntad de hierro, nacia del empeño de unir los veinte abriles de Laura con los cincuenta octabres de un compañero de audiencia. En vano Laura, agotando el raudal de sus lágrimas, decia a su padre que ella no amaba al que la separaba por esposo.

—Melindres de muchacha!—la contestaba el flemático oidor.—El amor se cria.

El amor se cria! Palabras que envenenaron muchas almas, dando vida mas tarde al remordimiento. La casta virjen, fiada en ellas, se dejaba conducir al altar i nunca sentia brotar el amor prometido.

El amor se cria! Frase inmoral que servía de sinapismo para debilitar los latidos del corazón de la mujer, frase típica que pinta por completo el depotismo en la familia.

En aquellos siglos habia dos expedientes soberanos para hacer entrar en vereda a las hijas i a las esclavas.

¿Era una esclava lijera de cascos o se espontaneaba sobre algun chischisveo de su ama? Pues la panadería de don Jaime el catalán, o de cualquier otro desalmado, no estaba lejos i la infeliz criada pasaba allí semanas o meses sufriendo azoaina diaria, cuaresmal ayuno, trabajo crecido i todos los rigores del mas bárbaro tratamiento. I cuenta que esos siglos no fueron de libres pensadores como el actual, sino siglos cristianos, de evangélico ascetismo i santuosas procesiones, siglos, en fin, de fundaciones monásticas, de santos i de milagros.

Para las hijas desobedientes al paternal precepto se abrian las puertas de un monasterio. Como se vé, el expediente era casi tan blando como el de la panadería.

Laura, obstinada en no arrojar de su alma el recuerdo de Enrique, prefirió tomar el velo de novicia en el convento de Santa Clara; i un año despues pronunció los solemnes votos, ceremonia que solemnizaron con su presencia los cabildantes i oidores, presididos por el virey, recién llegado entonces a Lima.

II.

Don Carmine Nicolás Caracciolo, grande de España, príncipe de Santo Bono, duque de Castel de Sangro, marqués de Buquianico, conde de Esquiabi, de Santobido i de Capracota, señor de Nalbelti, Frainenefrica, Grandinara i Castelnovo, recibió el mando del Perú de manos del obispo de la Plata don Frai Diego Morcillo Rubio de Auñon, que habia sido virey interino desde el 15 de Agosto hasta el 3 de Octubre de 1716.

Para celebrar su recepcion Peralta, el poeta de la Lima fundada, publicó un panegírico del virey napolitano i Bermudez de la Torre, otro titulado. —El sol en el zodiaco. Ambos libros son un hacinamiento de conceptos extravagantes i de liasonjas cortesanas, en estilo gongórico i campanudo.

De un virey que, como el excelentísimo señor don Carmine Nicolás Caracciolo, necesitaba un carromato para cargar sus títulos i pergaminos, apenas hai huella en la historia del Perú. Solo se sabe de su gobierno que fué impotente para poner diques al contrabando, que los misioneros hicieron grandes conquistas en las montañas i que en esa época se fundó el colegio de Copca.

Los tres años tres meses del mando del príncipe de Santo Bono se hicieron memorables por una epidemia que devastó el país, excediendo de sesenta mil el número de víctimas de la raza indígena.

Ninguna obra pública, ningún progreso, ningún bien tangible ilustra la época de un virey de tantos títulos.

Una tragedia horrible, dice Lorente, impresio-

nó por entonces a la piadosa ciudad de los reyes. Encontróse ahorcado de una ventana a un infelice chileno i en su habitación una especie de testamento, hecho la víspera del suicidio, en el que dejaba su alma al diablo si conseguía dar muerte a su mujer i a un fraile de quien ésta era hermana. Cinco dias despues fueron hallados en un callejon los cadáveres corrompidos de la adulta i de su cómplice.

El mismo don frai Diego Morcillo, elevado a la dignidad de arzobispo de Lima, fué nombrado por Felipe V virey en propiedad i reemplazado al finado príncipe de Santo Bono, en 16 de Enero de 1720. Del virey arzobispo decia la murmuracion, que a fuerza de oro compró el nombramiento de virey, tanto le habia halagado el mando los cincuenta dias de su interinato.

III.

I así como así trascurrieron dos años i Sor Laura llevaba con resignacion la clausura.

Una tarde hallábase nuestra monja acompañando a la portera a una anciana relijiosa, que ejercia las funciones de tornera, cuando se presentó el nuevo médico nombrado para asistir las enfermas del monasterio.

Por entonces cada convento tenia un cierto número de moradores entre relijiosas, educandas i sirvientas i el de Santa Clara, tanto por espíritu de moda cuanto por la gran área que ocupaba era el mas poblado de Lima.

Fundado este monasterio por Santo Toribio, inauguró en 4 de Enero de 1606 i a los ochenta años de su fundacion, dice un cronista, contaba cincuenta monjas de velo negro i treinta y cinco de velo blanco, número que fué, a la vez que las rentas, aumentándose hasta el de cuatrocientas de ambas clases.

Las dos monjas al anuncio del médico, se cubrieron el rostro con el velo; la portera le dió la bienvenida a la mas anciana, haciendo oír el metal sonido de una campanilla de plata, precedida en el claustro al representante de Hipócrates.

Llegaron a la celda de la enferma i allí Sor Laura, no pudiendo sofocar por mas tiempo sus emociones, cayó sin sentido. Desde el primer momento habia reconocido en el nuevo médico a Enrique. Una fiebre nerviosa se apoderó de él poniendo en peligro su vida i haciendo precisa frecuente presencia del médico.

Una noche, despues de las doce, dos hombres escalaban cautelosamente una tapia del convento conduciendo un pesado bulto, i poco despues oyábase daban a descender a una mujer.

El bulto era un cadáver robado del hospital de Santa Ana.

Media hora mas tarde las campanas del monasterio se echaban a vuelo anunciando incendio en el claustro. La celda de Sor Laura era pedregosa de las llamas.

Dominado el incendio, se encontró sobre el suelo un cadáver completamente carbonizado.

Al siguiente dia, i despues del ceremonial relijioso, se sepultaba en el panteon del monasterio la que fué en el siglo Laura Martinez.

IV.

Pocos meses despues Enrique, acompañado una bellissima jóven, a la que llamaba su esposa, fijó su residencia en una ciudad de Chile.

¿Ahogaron sus remordimientos? ¿Fueron ces? Puntos son estos que no incumbe averiguar al cronista.

RICARDO PALMA.

DONCELLA SIN AMOR.

CANTAR.

I

¡Ai de la fuente sin agua!
 ¡Ai de la noche sin luna!
 ¡Ai de la planta importuna
 Que no da fruto ni olor!
 ¡Ai de la hermosa doncella,
 Que veinte abriles contando,
 Está a sus solas llorando,
 Porque se vé sin amor!